

bre: retó á los remordimientos, pero fué vencido por ellos, lo denunciaron y aquella sangre le seguía continuamente. Un secreto horror se mezclaba á la admiracion que inspiraba, sintiendo en si mismo aquel horror que hubiera querido separar de su pasado. Como naturaleza inculca, tuvo accesos de humanidad como los tuvo de furor, vicios bajos y pasiones generosas. En una palabra; era hombre que tenia un corazón. Este corazón hacía el fin se volvía al bien por la sensibilidad, por la piedad y por el amor, mereciendo á la vez ser maldecido y sentido. Fué el coloso de la revolucion, tuvo la cabeza de oro, el pecho de carne, el cuerpo de bronce y los pies de barro. Abatiéndole la cima de la Montaña pareció menos elevada. El era su nublado, su relámpago y su rayo. Al perderle la Montaña, perdió tambien su nombre.

LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion de la comision de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coaligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Dubesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serrurier.—Bonaparte.—Angereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de junio de 1794.—El navio *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El *canto de partida*.—Redoblan el terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion de los hijos de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecucion de Lamourette obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvet.—Lareveillere-Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Depreuil, y el mayor número de los grandes nombres de la monarquía, son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV á la barrera del Trono.—El abate de Fenelon ejecutado á los 89 años.—Palabras de Collot de Herbois y de Fouquier Tinville.

I.

Apenas habia muerto Danton, cuando pareció que el terror se reanimó con los esfuerzos que éste habia hecho para dulcificarlo. Veinte y siete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distincion en la

cárcel del Luxemburgo, so pretexto de conspiración, fueron conducidos al tribunal revolucionario. Entre ellos se veía al general Arturo, á Dillon, Chaumette, á los ayudantes de campo de Ronsin, al general Beysser, el obispo de Paris Gobel, á los cómicos Gammont, padre é hijo, á Lapalus, á la viuda de Hebert, y en fin, á la esposa de Camilo Desmoulins. Su crimen comun se limitaba á algunas aspiraciones imprudentes por su libertad ó por la de sus interesados, y su crimen efectivo era la inquietud que la emoción del pueblo á la voz de Danton habia dado el día anterior á los dueños de la Convención. Se queria únicamente arrojar corrientes de sangre sobre las cenizas del tribuno para extinguirlas.

Casi todos fueron condenados. A la jóven religiosa que llevaba el nombre de Hebert, no se la ocultó la suerte que la esperaba. No deseaba ésta prolongar una vida ahogada desde su infancia en el claustro, manchada en el mundo por el nombre que llevaba, y que luchando entre el horror y el amor á la memoria de su marido era desgraciada bajo todos estos aspectos. «No he debido á la revolución mas que un rayo de libertad y de dicha, le decia á su compañera de dolor Lucila Desmoulins, y es terrible cosa amar á un hombre que todo el mundo ahorrrece. Su memoria no me será perdonada y yo moriré tal vez para espiar los escesos que yo misma deploro mas que nadie. Vos señora, añadió, sois dichosa; ningún cargo hay contra vos y no sereis arrebatada á vuestros hijos; ¡vos vivireis!» Lucila Desmoulins no aceptaba aquella esperanza. Habia aprendido con la muerte de su marido lo que valia la amistad de Robespierre. «¡Los cobardes me matarán como á él, respondió á su compañera de cadalso, pero no saben que la sangre de una muger crea la indignación en el alma de un pueblo! ¿No fué la sangre de una muger la que arrojó para siempre á los Tarquinos y á los decemvros de Roma? ¡Que me maten y que la tiranía caiga conmigo!»

Aquellas viudas de dos hombres que se destrozaban pocos días antes y cuyo encarnizamiento mútuo habia atraído la pérdida comun, ofrecian una de las mas crueles irrisiones del destino. Habian aplaudido algunos meses antes el sacrificio de la reina y de madama Roland y ahora comprendian por esperiencia propia lo que habrian sufrido aquellas dos mugeres. Las faltas y las venganzas se tocaban en aquellas catástrofes del terror en donde los días hacian veces de años.

Inútilmente la madre de Lucila, la bella y desgraciada madama Duplessis se dirigió á todos los amigos de Robespierre para despertar en él un recuerdo de sus antiguas relaciones. Todas las puertas se cerraban al nombre de los parientes de Camilo y de Danton. «Robespierre, le escribió al fin aquella señora; ¿no es ya bastante haber asesinado á tu mejor amigo sino que quieres aun la sangre de su muger, de mi hija?... El monstruo de Fouquier Tinville acaba de ordenar que la lleven al cadalso. Dentro de dos horas ya no existirá. Robespierre, si tú no eres un tigre en forma humana, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el punto de hacerte perder la razon, si te acuerdas aun de nuestras reuniones íntimas, si te acuerdas de las caricias que prodigabas al pequeño Horacio que gustabas poner en tus rodillas, si te acuerdas que debiste ser mi yerno, perdona una victima inocente! Pero si tu furor es el del leon, ven á prendernos tambien á mi, á Adela, (otra hija suya), y á Horacio: ven á destrozarnos con tus manos humeantes con la sangre de Camilo: ¡ven! ¡ven, y que un solo sepulcro encierre las cenizas de todos nosotros!....»

II.

Esta carta quedó sin respuesta. Robespierre, á quien sus concesiones, fatales á una popularidad que debió rechazar á este precio, no le dejaban ya el derecho de te-

ner ni memoria, ni indulgencia, ni compasion, ó no la recibió ó fingió no haberla recibido y calló. Lucila, sentada al lado de madama Hebert en la carreta de los sentenciados, fué conducida al cadalso. Mas dichosa que su compañera, que iba anonadada de humillacion y bajando la frente al oír el nombre de Hebert, madama Desmoulins podía al menos levantar la cabeza y decir al pueblo que moria por haber inspirado á su marido la indulgencia. Su esbelta estatura, su cara aniñada, la palidez luchando en sus mejillas con la frescura de la juventud, la memoria que invocaba de su marido, de su madre y de su hijo, el sentimiento de la vida interrumpida por el deseo de una muerte que iba á reunirle á su Camilo, enternecieron á todos los circunstantes. Menos severa que madama Roland, inspiraba mas interés que aquella. No moria por la gloria sino por su amor. No era á la opinion, era á la naturaleza á quien la muerte heria en ella. Fué llorada y tal vez la victima mas vengada algunos meses despues. Aquella sangre femenina hacia olvidar la otra. Reunió á todo un sexo en contra de los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor. La muerte de Lucila fué la página mas elocuente de *El Viejo franciscano*.

III.

Las comisiones temblaron y temian en París y en los departamentos una reaccion ocasionada por la muerte de Danton. Su suplicio era un golpe de Estado. ¿Cómo se recibiría? Las comisiones no conocian bastante el servilismo del miedo, y el éxito escedió á sus esperanzas. Un solo grito de admiracion pareció elevarse hacia ellas de todos los clubs de la república. El mismo Legendre rescató con sus escesivas bajezas la veleidad de independencia que se habia atrevido á mostrar fatigando á Ro-

bespierre con demostraciones de arrepentimiento. «He sido amigo de Danton mientras que lo he creído puro, decía, pero ahora no hay en toda la república hombre mas convencido que yo de sus crímenes.»

La comision de salud pública dominando ya en el interior, llevó toda su atencion hácia las fronteras.

Saint-Just, que era el brazo derecho de Robespierre, regresó al ejército. La apertura de la campaña de 1794 reclamaba el ojo y la mano de la Convencion. Los coaligados mirándose entre si con envidia y contando con las divisiones intestinas de la Francia, no habian intentado nada durante el invierno, contentándose con conservar sus posiciones y acumular sus fuerzas. Su plan consistia en marchar en masa sobre Landrecies y de allí á París por Laon. Sus ejércitos se componian en el mes de marzo de sesenta mil austriacos ó emigrados sobre el Rhin, al mando del duque de Sajonia-Teschen; de sesenta y cinco mil prusianos alrededor de Maguncia, en el Luxemburgo y sobre el Sambre, mandados por Beaulieu, Blankeinstein y el príncipe de Kaunitz; y en fin de ciento veinte mil hombres de los diversos contingentes de la coalicion, bajo las órdenes del príncipe de Coburgo y de Clairfayt, maniobrando entre el Quesnoy y el Escalda.

El ejército francés se dividia en ejército del Alto Rhin, con sesenta mil hombres; ejército de la Mosela con cincuenta mil; ejército de los Ardenes con treinta mil, y ejército del Norte con ciento cincuenta mil. Las hostilidades empezaron por una marcha de los aliados sobre Landrecies. Este movimiento hizo retroceder al ejército republicano. El enemigo cercó á Landrecies. Rechazado nuestro centro de este modo, dejaba descubiertas sus dos alas ó incomunicadas con el cuerpo principal. No habiendo podido Pichegru restablecer su centro en el primer ataque y convencido de que no lo conseguiria sino por una accion directa para levantar el bloqueo de Landrecies, resolvió ejecutar un movimiento temerario inva-

diendo la Flandes marítima llamando hácia sí las fuerzas principales del enemigo. Su genio reflexivo asociado al genio de Carnot veía la guerra en grande, y seguía así sobre el vasto horizonte de una carta de Europa el efecto de una operacion sobre otra. Además, tenía dentro de sí mismo el ardor necesario para iluminar en un momento premeditado, la resolución friamente calculada, antes de que llegara aquel instante decisivo.

Ocultó su movimiento por medio de un ataque general en toda la línea francesa, propio para llamar las fuerzas de los coaligados lejos de las orillas del mar á donde él quería dirigirse pasando por su retaguardia. Aquellos brillantes ataques sin resultados no impidieron á los coaligados el bombardear á Landrecies y el apoderarse de aquella llave de nuestras provincias.

Durante estos combates, los generales Souham y Moreau pasaron el Lys y el canal de Loo con cincuenta mil combatientes, sorprendieron á Clairfayt y le tomaron á Courtray y Manin. Prevaliéndose Pichegru de estas primeras ventajas, no temió descubrir enteramente el camino de París, lanzando todos sus cuerpos de ejército en apoyo de Moreau y de Souham. Si Coburgo se atreve á penetrar en Francia, pensaba Pichegru, se encontrará entre París y un ejército francés de ciento veinte mil hombres que lo cortará por la parte de Flandes y por la de Alemania.

Aquella temeridad surtió efecto. El reto no fué aceptado por el príncipe de Coburgo que hizo dar media vuelta á su ejército para seguir á Pichegru y envolverlo en sus conquistas.

IV.

Un solo consejo de guerra celebrado en Tournay y al que asistió el emperador, determinó un nuevo plan de campaña que llamaron el plan de la destruccion del ejér-

cito francés. Una vez envuelto y destruido el ejército, los coaligados se lisonjaban de que el suelo de la Francia, agotado ya el patriotismo y cubierto de sangre, no tendría otro que oponerles, y que cortados los brazos á la revolución podrian herirle en el pecho. Avanzaron en consecuencia en seis columnas contra el ejército del Norte, que debian encontrar entre Menin y Courtray. Pichegru estaba ausente visitando en aquel momento sus cuerpos del Sambre. Moreau y Souham destruyeron los planes de los coaligados y batieron reunidos á las diferentes columnas separadas, cuya reunion evitaron, consiguiendo la victoria de Turcoing, y convirtiendo en una derrota en Waterloo la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba aquel ejército, debió su libertad á la ligereza de su caballo. Tres mil prisioneros y sesenta cañones enemigos quedaron en poder de los republicanos. La gloria de la Francia brillaba bajo Moreau y Pichegru en Waterloo; ella debía palidecer despues de haber adquirido mayor brillo bajo Napoleon en otro Waterloo. Este nombre va siempre acompañado de triunfos y de reveses en los fastos de nuestros destinos. Aquella victoria conseguida sobre el enemigo á pesar de nuestra inferioridad numérica, redobló por el entusiasmo el valor de nuestros soldados. Pichegru llegó al dia siguiente para recoger los frutos de ella, frutos que le fueron disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas en donde el nombre de Maedonald comenzó á figurar con gloria entre los de Moreau, Hoche, Pichegru, Moreau y de Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Iprés, rechazó á Clairfayt que iba á socorrer la plaza á la cabeza de treinta mil soldados. Por fin, la tomó despues de varios asaltos obstinados é hizo en ella seis mil prisioneros.

Durante estas operaciones, Carnot tenia la vista fija sobre el Sambre, tantas veces pasado y repasado y que parecia ser el limite fatal disputado entre la coalicion y la república. Carnot habia enviado alli á Jourdan que fué injustamente destituido del mando del ejército del Norte y nombrado entonces por aquel representante general del ejército del Sambre y Mosa. Jourdan no tomó otra venganza de la ingratitud de su patria que cubrirla con su espada y con su genio. Saint-Just y Lebas, que estaban presentes en medio de los débiles cuerpos que cubrian aquel rio, no cesaban de arrojarlos al otro lado, para lanzar la guerra á terreno enemigo. Llegando Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de los Ardenes, resolvió pasar el Sambre á la voz de estos representantes. Marceau y Duhesme habian rechazado á los austriacos sobre Thuin y Lobbes, facilitando así el paso del Sambre al ejército que les seguia; pero abandonados por las tropas del general Desjardins á quien detuvieron algunas disposiciones mal combinadas, repasaron el rio para reunirse al cuerpo principal. El imponente Saint-Just mostró de nuevo el Sambre ó la muerte á los generales Charbonnier y Desjardins. El 20 de junio, estos generales se lanzaron al otro lado del rio. Campados en las playas extranjeras á la inmediacion del Sambre, Charbonnier y Desjardins destacaron á Kleber y Marceau para que fuesen á proveer de víveres al ejército por el lado de Frasnés. Durante aquella imprudente desmembracion de fuerzas atacados por los austriacos, los franceses fueron rechazados hasta el rio, debiendo su salvacion á la vuelta de Kleber y al valor de Bernadotte, que acudieron al ruido del ca-

ñon. Teñido el Sambre de sangre francesa, volvió á quedar entre los enemigos y nosotros.

Jourdan iba avanzando hácia alli con sus fuerzas, pero el ardor de Saint-Just no le permitió esperarlos. «Charleroi! ¡Charleroi! (repetia sin cesar á los generales como Caton á los romanos en el consejo de guerra), arregladlo como querais, pero es necesario dar una victoria á la república.»

Kleber repasó el rio el 26 de mayo, y esperó tres horas bajo la metralla de veinte piezas, á las columnas que debian seguirle. Deshecho en fin, por nuevas baterías que destrozaban los flancos de su vanguardia, le fué preciso replegarse. El 29 Saint-Just hizo pasar el rio á Marceau y á Duhesme. Las cabezas de sus columnas chocaron contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange y volvieron á pasar el rio en derrota. En fin, llegó Jourdan en medio de aquellos inútiles asaltos. Saint-Just le proclamó en seguida general del ejército del Sambre y Mosa y del Norte á la vez, adjudicándole todos los generales y todos los cuerpos, y dándole la dictadura de la campaña. Jourdan reune al instinto militar de Saint-Just la ciencia del general y el número de los batallones. Por sexta vez pasó el Sambre y marchó sobre Charleroi, seguido de ochenta mil combatientes.

Empezaba el nuevo generalísimo á bombardear á la ciudad y á situar los cuerpos de ejército previendo una batalla próxima, cuando atacado de improviso y hallándose sin municiones, sin baterías, sin apoyo, sin haberse podido poner aun en contacto con el resto del ejército, y batido por tres formidables masas enemigas, se vió obligado, á pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald á replegarse precipitadamente al valle del Sambre y cubrirse de nuevo con su corriente. Irritado Saint-Just, aunque testigo de la intrepidez de las tropas y de la obediencia de los generales, temblaba que la no-

ticia de aquel revés despopularizase á la comision y á Robespierre. El mismo habia combatido como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. Para Saint-Just la victoria era su política, su campo de batalla estaba en París, y no encontraba nada imposible con tal que fuese necesario á la salvacion de la república. Carnot no cesaba de escribirle. «Una victoria en el Sambre ó la anarquía en París.»

En fin, el 18 de junio, habiendo reunido en dos dias sus parques de artillería, sus refuerzos y sus municiones, se aprovechó de la confianza que habia infundido al príncipe de Coburgo aquel triunfo para repasar el Sambre y avanzar sobre Charleroi. El príncipe de Coburgo habia destacado la mayor parte de sus batallones y de su caballería para reforzar á Clairfayt contra Pichegru. Jourdan bloqueó á Charleroi y atrincheró los pueblos que cubrian su frente, y principalmente á Fleurus. En el centro de su línea construyó un reducto armado con diez y ocho piezas de grueso calibre, y apagó los fuegos de Charleroi. Aquella plaza se rindió en el mismo día, y Saint-Just se mostró generoso con la guarnicion, dejándola salir con armas y equipages. En el momento en que esta evacuaba la plaza y desfilaba delante del representante del pueblo, el estampido del cañon que resonaba á lo lejos, anunciaba á Charleroi un socorro tardío y á Jourdan una nueva batalla que no podia menos de estar muy próxima.

VI.

El príncipe de Coburgo era el que se aproximaba, y el que al verificar su reunion con el príncipe de Orange, empezaba á cañonear las avanzadas del ejército francés. Jourdan dispuso sus tropas en semicírculo, apoyando las

alas en el Sambre que no podian repasar, y no dejando la otra alternativa que la victoria ó la muerte. Marceau, Lefebvre, Championnet y Kleber mandaban los diferentes cuerpos, y de esta batalla data la primera gloria que rodeó sus nombres; algunos retrincheramientos enlazados por fuertes reductos y defendidos por tropas escogidas, cubrieron las dos estremidades avanzadas de nuestras alas y todo el centro de la division.

El príncipe de Coburgo renovó en aquella ocasion la eterna rutina de la antigua escuela, diseminando sus fuerzas y sus ataques. Dividió sus ochenta mil hombres en cinco columnas que avanzaron en semicírculo para acometer al ejército francés por todos los puntos y á un mismo tiempo. El príncipe de Orange, el general Quasnodowich, el príncipe de Kaunitz, el archiduque Carlos, hermano del emperador, y el general Beaulieu, mandaban estas columnas de ataque. Las columnas avanzaron todas entre reveses y triunfos momentáneos contra las tropas republicanas. Championnet, arrollado por un instante, se retiró detrás de los retrincheramientos. El espacio que dejó vacío se inundó al instante con la numerosa caballería austriaca, convirtiéndose por esta evolucion en el centro del campo de batalla.

La suerte del combate que sostenian contra aquellas masas Lefebvre y Championnet, se le ocultaba á Jourdan por una nube de humo. En este momento se vió por cima de aquella humareda un globo que llevaba algunos oficiales del estado mayor francés. Carnot quiso aplicar al arte de la guerra la invencion hasta entonces estéril de la aerostática. Este punto móvil de observacion, cerniéndose por cima de los campos y despreciando las balas, debia ilustrar al genio del general en jefe. Los austriacos dirigieron algunos proyectiles contra el globo, y le obligaron á elevarse para evitarlos á una grande altura. Los oficiales que iban en él reconocieron, no obstante, la situacion peligrosa de Championnet, y bajaron precipi-

tadamente para informar de ella á Jourdan. Este general marchó en seguida con sus reservas, compuestas de seis batallones y otros tantos escuadrones, al socorro de Championnet y penetró con él al paso de earga y sobre montones de cadáveres en las posiciones abandonadas. El gran reducto fué reconquistado y empezó á arrojar balas sobre las líneas austriacas, en las que abrió grandes claros. La caballería francesa se lanzó al galope en aquellas brechas y las hizo mayores á sablazos tomando cincuenta piezas. Pero en el momento que Jourdan cortara el centro enemigo, el príncipe Lambesc á la cabeza de los carabineros y coraceros imperiales reunidos, cayó sobre la caballería francesa y la arrebató su victoria y sus despojos. Empezábamos ya á replegarnos cuando el príncipe de Coburgo, viendo la bandera tricolor que ondeaba sobre las murallas de Charleroi, conoció que el fruto de la jornada y de la campaña había sido arrebatado al ejército coaligado, é hizo tocar retirada: entregando de este modo el campo de batalla á Jourdan, le entregó también con él el nombre de Fleurus y el honor de la victoria,

VII.

Veinte mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Aquella victoria hundió de nuevo la Bélgica y no tardó en hacer entrar bajo las leyes de la Convencion á las ciudades francesas que momentáneamente habían sido invadidas por el extranjero. Carnot y Saint-Just resolvieron reunir el ejército del Norte al ejército del Sambre y Mosa, lanzar á Pichegru á la conquista de la Holanda, separar á Clairfayt del duque de York, cortando de este modo en trozos el ejército grande de la coalicion, hacer sublevar las provincias del Rhin y de los Países Bajos, aprovechar la vacilacion de la Prusia, separar al Austria

del lado de nuestros enemigos y escuchar las proposiciones pacíficas que el emperador empezaba á hacer á Robespierre. El carácter sufrido de éste había herido, en efecto, vivamente la imaginacion de los hombres de Estado de la corte de Viena. Cansado de inútiles esfuerzos, asustado por la preponderancia de la Prusia, inquieto por la inaccion de la Rusia, é impaciente por las exigencias de Pitt, el gabinete austriaco meditaba una defeccion.

Solo la anarquía y la inestabilidad del gobierno revolucionario, impedían al emperador el entrar en tratos, esperando para descubrirse que el advenimiento de Robespierre á la dictadura diese unidad á la república, un centro á las negociaciones y una garantía á la paz.

VIII.

El solo peligro real de la república en los últimos meses de la campaña precedente, había sido el bloqueo de Landau y la ocupacion de las líneas de Weissembourg, estas dos puertas de nuestros valles del Rhin y de los Vosges. La comision de salud pública resolvió entonces hacer los mas desesperados esfuerzos para reconquistar aquella posicion y hacer levantar el bloqueo de Landau. Landau ó la muerte, fué la contraseña de los tres ejércitos del Rhin, de los Ardenas y del Mosela. Los levantamientos en masa y el fervor unánime de las poblaciones belicosas de la Alsacia, de los Vosges y del Jura, reforzaron rápidamente aquellos tres ejércitos. Pichegru mandaba el del Rhin. Su carácter rudo y su esterior republicano, habían conquistado á este general la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebas. Estos hombres sombríos veían en Pichegru un hombre de una virtud y de una modestia antiguas, capaces de salvar á la república é incapaces de pensar en dominarla. El alma ambi-

ciosa de Pichegru ocultaba bajo un profundo disimulo, el pensamiento de dominio que germinaba ya en su mente.

El mando del ejército del Mosela destinado á verificar su union con el de Pichegru, fué dado por Carnot al jóven general Hoche, á quien sus hazañas en el ejército del Norte habian señalado á la consideracion de la república. A los veinte y seis años. Hoche, unida al ardor de la edad, poseia ya la madurez de los generales antiguos. El fuego de la revolucion ardia en su alma, y no veia en la gloria mas que el esplendor de la libertad. Aceptó el mando como se acepta un deber, dando de buen corazon su vida á la república en pago del honor que le tributaba. Los soldados que veian en él hasta donde podian estender su ambicion, ratificaron con sus aclamaciones la eleccion de la comision. En pocos dias comunicó á su ejército el fuego que abrasaba á su alma. Con treinta mil hombres se lanzó á la cima de los Vosges, combatiendo al principio con fortuna y despues con desgracia á Kaiserslautern; se replegó honrado hasta en su derrota, por los representantes, testigos de su juventud y de su valor, reunió algunos refuerzos de los Ardenas, volvió á probar fortuna, se arrojó sobre Werdt para atacar y destruir á Wurmser, aturdió á este general austriaco, rechazó su ala derecha, tomó sus posiciones, hizo prisionero un cuerpo considerable, y verificó su reunion con el ejército del Rhin.

Admirados Baudot y Lebas de la decision y de la fortuna de los movimientos de Hoche, le destinaron con perjuicio de Pichegru, al mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó á la vez á los prusianos que estaban en masa alrededor de Weissembourg, y á los austriacos acampados frente del Lauter entre Weissembourg y el Rhin. Desaix y Michaud, sus tenientes, se precipitaron sobre aquellas líneas, las destruyeron y entraron victoriosos en Weissembourg. Levantóse el bloqueo de Landau.

Los austriacos repasaron el Rhin, y los prusianos se retiraron á Maguncia. El anciano duque de Brunswick que los mandaba, dejó el mando, humillado de verse derrotado por un general de veinte y seis años.

IX.

Pero despues de aquellas hazañas que habian purgado al suelo de la república, y puesto dos ejércitos en manos de un adolescente, la envidia se habia cebado en el general Hoche. Celosos Saint-Just y Robespierre por su ascendiente sobre las tropas, y cediendo á las insinuaciones de Pichegru, le habian arrebatado como á Custine, del medio de su campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, Hoche fué preso de nuevo á su llegada á Niza. Lo llevaron á Paris y fué encerrado en los Carmelitas. Algunos dias despues, una orden mas severa le hizo trasportar á la Consergeria con las manos atadas como si fuese un vil criminal. Hacia ya cinco meses que yacia preso en la época de que vamos hablando. El hombre que habia salvado á la república, y que no tenia mas crimen que su gloria, esperaba cada dia el suplicio por premio de los servicios tributados á su patria. Hoche se habia casado algunos meses antes con una jóven de diez y seis años, que no tenia mas dote que su amor, y estaba en correspondencia con ella por medio de billetes lacónicos que la hacia pasar burlando la vigilancia de sus carceleros. Vivía con la racion de la cárcel, y se vió precisado á vender su caballo de batalla para mantenerse. Soportaba las privaciones, la indigencia, y hasta la perspectiva del suplicio, sin blasfemar ni aun interiormente de la república. «En estos gobiernos, escribió á su esposa, un general demasiado querido de los soldados que manda, es justamente sospechoso á los que gobier-

nan, como sabes; es cierto que la libertad podría correr peligro por la ambición de semejantes hombres si fuesen ambiciosos. Pero yo.... No importa; mi ejemplo podrá ser útil á la causa pública. Despues de haber salvado á Roma, Cincinato volvió á arar su campo; como él amo á mi patria, y yo no puedo sino volver á las filas de donde la casualidad y mi trabajo me han hecho salir, demasiado pronto para mi tranquilidad.

«Si tú lees, la decia en otra carta, la historia de las repúblicas antiguas, verás que la maldad de los hombres atormenta á todos los que como yo han servido bien á la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche respiran el sentimiento de la antigüedad. En un tiempo en que la impiedad filosófica unida á la lijereza soldadesca borraba de la lengua y del corazon los sentimientos religiosos, admira el ver á un jóven héroe de la república elevar sin cesar su pensamiento al cielo, invocar á la Providencia, y hablar con un acento profundo á su muger y á sus amigos de aquel gran Ser que le protege en los peligros y al cual rendia su heroismo como á origen de todo beneficio.

Estos meses de prision y aquella sombra del cadalso hicieron de Hoche el héroe que debía dentro de poco ahogar la guerra civil, tanto por la generosidad como por la fuerza.

X.

Despues de los cuarteles de invierno de 1793 á 1794 nuestras fronteras presentaban la misma seguridad que las del Rhin. En Saboya el general Dumas se apoderó de las alturas de los Alpes, y amenazó desde la cumbre del San Bernardo y del Mont-Cenis á los piemonteses aliados del Austria. La comision de salud pública meditaba

la invasion de Italia: Massena y Serrurier nos abrian paso á paso el acceso por el lado de Niza. Bonaparte, que no era todavía mas que comandante de un batallon en aquel ejército, enviaba los planes á Carnot y Barrere. Aquellos planes revelaban en el jóven y desconocido oficial el genio futuro de la guerra de invasion.

En la Vendée, las columnas incendiarias de los republicanos llevaban por todas partes las llamas y la muerte. El general en gefe Elbée, cayó en su poder y murió fusilado en Nantes.

En los Pirineos, el ejército español privado por la muerte de sus dos generales Ricardos y O'Reilly, se cubria con el rio Ter de los ataques de Augereau, de Pérignon y de Dugommier. El viejo general Dagobert impaciente por la inaccion á que estaba reducido en la Cerdaña, invadió Cataluña, triunfó en Montelló, y espiró de fatiga en la Seo de Urgel á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber impuesto sobre sus conquistas ricas contribuciones que habia entregado fielmente en la caja del ejército, Dagobert murió sin otra riqueza que su uniforme y su sueldo. Los oficiales y soldados de su ejército se vieron obligados á escotar para subvenir á sus humildes pero gloriosos funerales. El general español, conde de la Union, arrojado de posicion en posicion hasta la cumbre de los Pirineos, abandonó todos los valles y se retiró bajo el cañon de Figueras.

El rey de España proponia la paz, no poniendo mas condiciones que la libertad de Luis XVI y un modesto esblecimiento para el delfin en las provincias limitrofes de España. La comision de salud pública escribió al representante del pueblo que le habia comunicado estas condiciones: «El cañon es el que debe responder; avanzad y herid.» Dugommier obedeciendo á aquella orden, cayó vencedor, habiéndole deshecho la cabeza una granada. «Ocultad mi muerte á los soldados, dijo á sus dos hijos y á los oficiales que le levantaron, á fin de que la victo-

ría consuele al menos mi último suspiro.» Perignon, nombrado general en jefe en lugar de Dugommier acabó de conseguir la victoria.

Los generales Bon, Verdier, y Chabert, deshicieron las columnas y cargaron á la bayoneta el campo enemigo. La muerte del general en jefe del ejército español en la toma del reducto y la de otros tres generales, vengaron la de Dugommier, y produjeron la derrota del ejército enemigo. Diez mil españoles fueron hechos prisioneros y Figueras cayó en poder de Augereau y de Victor. La frontera quedaba libre y el enemigo se retiraba en todas partes ante la constancia y el valor de nuestros batallones. La obstinacion de Robespierre, el genio de Carnot y la inflexibilidad de Saint-Just, habian Hevado la guerra al extranjero.

XI.

En el Océano, la república mantenía si no su poder, al menos su heroísmo. Sobre la mar, la guerra no es solamente de valor y de número: el hombre no es bastante; son necesarios la madera, el bronce, los aparejos, la maniobra y la disciplina; se improvisa un ejército pero se crean lentamente las escuadras y los hombres capaces de manejarlas. Nuestra marina exhausta de oficiales por la emigracion y de buques por el desastre de Tolon, acababa de ser víctima de los insurrectos. La escuadra de Brest, mandada por el almirante Morard de Gales, que cruzaba en las costas de Bretaña, falta de víveres, de municiones y de confianza se había sublevado contra sus oficiales y les había obligado á volver á Brest, so pretexto de que se la tenía alejada de este puerto para entregarla á los ingleses, como en Tolon.

La comision de salud pública envió tres comisionados á Brest: Prieur de la-Marne, Treillard y Juan Bon Saint-André. Estos aparentaron dar la razon á las tripulaciones y buscar en los gefes de la escuadra imaginarias conspiraciones, estableciendo el terror en el agua así como se había establecido en la tierra. Las destituciones, la prision y la muerte diezmaron los oficiales de nuestra marina: Morard de Gales fué reemplazado por Villaret-Joyeuse, simple capitán de navío, elevado por la insubordinacion al rango de jefe de escuadra.

Los buques sublevados tuvieron nuevos gefes, y hasta nuevos nombres tomados de los grandes acontecimientos de la revolucion.

Mientras tanto se esperaban de América en las costas del Océano doscientos buques cargados de granos. Villaret-Joyeuse recibió orden para hacer salir de nuevo la escuadra y tenerla en cierta altura en la mar, para proteger la entrada en las aguas francesas de aquellas doscientas velas y para ejercitar entretanto las tripulaciones en grandes maniobras. Nuestra escuadra contaba veinte y ocho navíos de guerra, restos imponentes de nuestros armamentos de América y de las Indias. Villaret-Joyeuse y Juan Bon Saint-André montaron el navío de ciento treinta cañones llamado *La Montaña*. Apenas la escuadra, magestuosa por su número, por su entusiasmo y por su patriotismo se había alejado en el mar formada en tres columnas, cuando fué descubierta por el almirante Howe, que cruzaba con treinta y tres navíos ingleses en las costas de Normandía y Bretaña.

El almirante francés quería evitar el combate, con arreglo á las órdenes que había recibido, para proteger ante todo el desembarque de los granos sobre nuestro hambriento litoral. El entusiasmo de los marinos, exaltado por la vehemencia revolucionaria de Juan Bon Saint-André, forzó á Villaret-Joyeuse á hacer lo que no quería. La escuadra bogó por sí misma hácia el combate,

moyida por aquel impulso popular que arrastraba entonces á nuestros batallones.

Los ingleses fingieron evitarlo en un principio, cediendo de este modo la impericia de nuestros representantes. Villaret-Joyeuse por su parte no quería para su escuadra sino el honor de batirse sin el peligro de un combate naval, esperando satisfacer disparando unas cuantas andanadas, la sed de gloria de Juan Bon Saint-André. Solo las dos retaguardias se empeñaron. El navío francés *El Revolucionario* medio hecho pedazos y casi sumergido, pudo escaparse de tres navíos ingleses y entró desarbolado en Rochefort. La noche separó las dos escuadras, que volvieron á verse en cuanto se hizo de día. Tres navíos ingleses lanzados contra el centro de la línea francesa se aferraron como unos brulotes al navío *El Vengador* é incendiaron su aparejo. Se iba ya á empeñar el combate general cuando una espesa niebla cayó sobre el Océano y envolvió por espacio de dos días á las dos escuadras en una oscuridad que hacía imposible toda maniobra: pero durante esta oscuridad maniobró inapercibido el almirante Howe, poniéndose á barlovento con la escuadra francesa, ventaja inmensa que permitía á la escuadra favorecida aumentar su fuerza y su movilidad con el apoyo que le daba todo un elemento.

XII.

Esto era al amanecer del 1.º de junio de 1794. El cielo estaba despejado, las olas agitadas pero manejables, y el valor era igual por ambas partes, pero más desesperado por parte de los franceses y más confiado y tranquilo en los enemigos. Algunas voces de ¡viva la república! ¡viva la Gran Bretaña! salieron de las dos escuadras. El viento se agitaba entre ambas á la par de las

olas, apagando con su fuerza el eco de las canciones patrióticas de ambas naciones.

El almirante inglés en vez de abordar de frente á la línea francesa, oblicuó sobre ella cortándola en dos trozos, separó nuestra izquierda y la batió con toda su artillería, mientras que nuestra derecha teniendo el viento contrario, presenció inmóvil el incendio de sus navíos. Jamás otro ardor semejante llevó unos contra otros los buques de dos pueblos rivales.

La madera y las velas parecían arder en la misma impaciencia que ardian los marineros de ambas naciones. Cuatro mil bocas de fuego se respondían mutuamente á tiro de pistola, vomitando una nube de metralla. Las arboladuras estaban destrozadas, las velas ardiendo y los entrepuentes sembrados de miembros y de los restos de las jarcias. Howe á bordo del navío *Reina Carlota*, combatía en persona como en un gran desafío, al navío almirante *La Montaña*. El *Jacobino* por una falsa maniobra había dejado un claro en nuestra línea y al descubierto á aquel buque. La izquierda francesa estaba deshecha sin ser vencida. En sus banderas había escrito: *victoria ó la muerte*. El centro había sufrido poco y la noche ocultó aquella carnicería que cesó con la venida de sus sombríos velos.

Seis navíos republicanos estaban separados del resto de la escuadra y cercados por los de Howe; el día debía alumbrar su rendición ó su incendio, y el almirante quería salvarlos ó volar con ellos. La reflexión había moderado al representante del pueblo Juan Bon Saint-André, y la escuadra había hecho bastante por la gloria. Solo el disputar la victoria era ya un triunfo para la república. El representante mandó tocar retirada. Le acusaron de cobardía y quisieron arrojarlo al agua. El navío *La Montaña* no era ya sino un volcán apagado, había recibido en su estado trescientas balas; todos sus oficiales estaban heridos ó muertos, y solo un tercio de su tri-

¡Nosotras debemos triunfar cuando vosotros toméis las armas!

*Nosotras os hemos dado la vida;
guerreros, esa vida no es ya vuestra;
todos nuestros días son de la patria;
ella es vuestra madre antes que nosotras.*

CORO DE MADRES DE FAMILIA.

La república etc.

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras mientras que se oscurecía mas cada día en París. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

XIV.

Cuanto mas terrible se habia mostrado la comision de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto mas obligada se creia á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Solo el terror podia, segun sus ideas, servir de excusa al terror. Despues de haber descargado sobre los mas ilustres fundadores de la república, era necesario que se la creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder á la comision sino á trueque de conceder al pueblo todas las victimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquella, unos como Billaud Varennes, Collot de Herbois y Barrere erigian aquella ferocidad en sistema, y se cubrian con su impasibilidad: los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedian la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á sí mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirian á la revolucion que degenerase en la anarquía apoyando la repu-

blica en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos queria por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el terror, pensaban que debia arrebatarse todo el que fuese el primero que intentase detenerlo en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins, era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espianaban la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos los espianaban tambien, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decian estos, deshacerse de tales ó tales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre, daban largas á la clemencia, se cubrian con el velo de la justicia y transigian con el cadalso. Su crimen no consistia tanto en sufrir el terror como en haberlo creado. Entre tanto, este sacrificaba sin eleccion, sin justicia y sin piedad, las cabezas mas cultas al par de las mas oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofia de Robespierre se convertia en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba al abismo. ¡Leccion terrible para quien da el primer paso mas allá de su conciencia y de la justicia!

La comision de salud pública no se habia reservado en la distribucion de los juicios y de los suplicios, sino una especie de funcion mecánica reducida á una siniestra formalidad: denunciaba rara vez por sí misma, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirian el color y la gravedad de los crímenes de Estado. La comision recibia las denuncias en París, las de los representantes comisionados en los clubs, y las de los departamentos: pasaba una simple ojeada por ellas é se fiaba del informe de sus miembros y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no